

## PRÓLOGO

Caminante, no hay camino:  
se hace camino al andar.

En las calles españolas de la primera mitad del siglo XIX, cientos de mendigos sin hogar recorren un penoso camino en el que piden limosna al viandante, quien siente amenazado su apacible caminar al tiempo que percibe al pobre como un elemento al que dar caridad por miedo al castigo divino. En el Madrid de los años 30, un joven rico nos describe su diaria rutina como una constante visita a la calle adonde sale a pasear, a encontrar amigos, a participar en tertulias, a comer y a esparcirse, matando su tiempo andando y desandando el mismo camino muchas veces. Otro joven, o tal vez el mismo en otro episodio de su trayectoria existencial y narrativa, recorre Madrid de calle en calle para recoger testimonio de esas casas nuevas que se construyen de la noche a la mañana para dar cabida a una población que se apiña como puede en un periodo de creciente urbanización e industrialización. Años más tarde, una mujer pobremente vestida, procedente de un pequeño pueblo y acompañada por un apuesto doctor, pasea por las zonas más elegantes de Madrid, donde es cautivada por los escaparates, coches y lujos identitarios del código social de una clase a la que aspira pertenecer. Al mismo tiempo, pero en otra ciudad española, una mujer proletaria que desde niña rechaza la vida sedentaria y rompe zapatos sin cesar encuentra en la calle un medio de entretenimiento y de supervivencia que la conduce a una fábrica de cigarros, donde entrará en un mundo laboral en el que formarse como sujeto político. Al mismo tiempo, otra mujer recorre lo que ella reconoce como un “vía crucis” que la conduce por un detallado itinerario urbano desde la calle de

Válgame Dios, en el céntrico Madrid, al Humilladero de la periferia, donde el personaje, ante el pavor y trastorno que le ha causado el paseo nocturno, se termina desmayando.

Estos ejemplos ficcionales sirven para capturar un fenómeno desarrollado en las siguientes páginas que no debe pasar desapercibido para los que leemos y nos perdemos por las avenidas culturales del siglo XIX español: la enorme y creciente importancia de la calle en las representaciones culturales de la España decimonónica, un espacio fascinante, altamente recurrente y poco explorado desde la crítica cultural. Pero estudiar la calle quiere decir seguir los pasos de los que por ella transitan; esto es, rastrear la pista de esos caminantes que hacen camino en su andar, siguiendo las famosas exclamaciones líricas de Antonio Machado. Porque si el camino se hace al ser andado, como quedará demostrado en los capítulos que siguen, un acercamiento a la calle como espacio de ficciones nos obliga inexorablemente a acompañar a una serie de sujetos andarines que emergen de los márgenes físicos, sociales, económicos y políticos de la España del XIX y que piden ser leídos en el contexto cultural determinante en el que generalmente afloran, esto es, en la calle.

*"Andando se hace el camino"*. *Calle y subjetividades marginales en la España del siglo XIX* examina el papel fundamental de la calle urbana en la configuración de una serie de subjetividades marginales que cobran recurrente expresión literaria y artística en la España del siglo XIX. Figuras como la prostituta, el mendigo, el cesante, la consumista compulsiva, el dandi, el trapero, el inmigrante, el adúltero, el vendedor callejero, la feminista, el ocioso o el delincuente, entre muchos otros, se abren camino en el espacio textual para, desde la calle y a través de sus caminares físicos, afirmar su subjetividad desde los márgenes de la sociedad. Mediante un análisis de la recurrente aparición de este espacio cultural, este estudio sigue atentamente y a pie de calle la trayectoria ambulante de un grupo de subjetividades periféricas que, al tiempo que construyen el camino por el que transitan, también miran, leen, desean, emulan, aprenden, trapichean y, ante todo, caminan, un acto fundacional y fundamental por medio del cual estos mismos sujetos configuran su identidad y se forman como seres pensantes y modernos.

La calle, ámbito urbano por excelencia de la sociedad moderna y atmósfera "in which modern sensibility is born" (Berman 18), es un ámbito al margen de cualquier forma tradicional de acción política, entorno vigilado pero dominado por la espontaneidad y la transgresión.

Es por ello que, como espacio atravesado por multitud de ejes que articulan la subjetividad, constituye un escenario privilegiado para visibilizar realidades alternativas que vienen a cuestionar, interrumpir y transformar la circundante, un potencial que intelectuales y escritores decimonónicos supieron elevar a categoría estética. En términos muy generales que se irán concretando a lo largo de las siguientes páginas, entiendo la subjetividad marginal como un complejo proceso de construcción de identidades que se distinguen por un “physical, ideological and symbolic displacement from the center of bourgeois society”, una caracterización proporcionada por Akiko Tsuchiya, quien ha estudiado extensamente la presencia de sujetos marginales en la literatura española (“Peripheral Subjects” 205). Sirva este marco definitorio para establecer una asociación más que recurrente en el imaginario cultural decimonónico, sobre la cual se alzan los cimientos de este estudio, entre la construcción de la subjetividad y una retórica de la espacialidad, la cual suele cobrar forma textual a través del movimiento físico del personaje y del acto de caminar que impele al sujeto a tomar la calle y a desplazarse.

El interés de explorar el concepto de marginalidad en conexión con la calle deriva de la doble connotación que otorgo en mi estudio al término: por un lado, la marginalidad debe entenderse en un sentido de exclusión social, según la cual el sujeto que se aleja del centro se desvía de prácticas social y oficialmente establecidas, transgrediendo, por tanto, los códigos sociales y posicionándose en los márgenes de la sociedad. Por otro lado, cabe entender la marginalidad en un sentido geográfico, en tanto el sujeto se embarcará en una trayectoria espacial que lo llevará a desviarse físicamente del centro urbano y, con este desvío, a emprender paseos por zonas heterogéneas, a cruzar fronteras, a transgredir territorios y a ubicarse en la periferia urbana. Serán precisamente estos desplazamientos hacia los márgenes — que pondrán en contacto diferentes mundos, espacial y socialmente bien delimitados en el proyecto urbanista racional decimonónico— los que convertirán a estos sujetos marginales en piezas centrales del engranaje moderno, principalmente por dos motivos. En primer lugar, porque el seguimiento de los pasos marginales de estos individuos desvelará el itinerario de una incipiente modernidad que llega a España en el siglo XVIII a través del estudio de una serie de fenómenos sociales, proyectos urbanísticos, turbulencias e inestabilidades económicas, agitaciones y cambios políticos, protestas urbanas y movimientos migratorios que

cobran expresión textual a nivel de calle. Y, en segundo lugar, porque un componente imprescindible del proyecto moderno, como Foucault ha dejado harto claro, es la necesidad de disciplina, para cuya implementación es menester que existan sujetos capaces de articular una alternativa a los planes del poder. Es aquí donde hay que evocar el potencial para crear e inventar de la literatura, mi principal objeto de estudio, que no por ello dejará de dialogar con otras disciplinas que también han dirigido su atención al espacio de la calle desde múltiples perspectivas. La ficción literaria proporciona un espacio privilegiado para la representación del imaginario cultural y para la construcción de identidades normativas al tiempo que marginales, sin poder existir la una sin la otra. Pero del mismo modo que el texto literario posee la capacidad para abrir un proceso de sujeción y normalización del sujeto, así como para trascender la norma y abrir nuevos espacios de agencialidad, la calle, espacio abierto pero estrictamente vigilado, ofrecerá grietas y fisuras que posibilitan la movilización de formas de resistencia y tácticas antidisciplinarias. Así, los escritores bajo estudio supieron ver el potencial de la obra literaria para contar lo que ocurría, pero también lo que debería y no debería ocurrir. Para ello pusieron a sus personajes en circulación por los intersticios de sus textos y por las calles tumultuosas, solitarias y tortuosas de una ciudad que se construye simbólicamente para que, casi con una capacidad de acción propia, estructuren un nuevo espacio social, formen (y *se formen en*) el camino y forjen, a su vez, el itinerario de la literatura moderna española.

A continuación, el capítulo 1 ofrece una introducción de carácter teórico e interdisciplinar que contextualizará este libro en el campo de los estudios urbanos, así como en el ámbito de los estudios culturales. Las metaforizaciones espaciales que sociólogos, académicos de la marginalidad, historiadores y críticos culturales han utilizado para teorizar la posición y (des)ubicación del sujeto considerado marginal me servirán para establecer la conexión entre movimiento físico y marginalidad social, asociación que dicta la trayectoria de los sujetos bajo estudio. Recorro a los trabajos de consagrados urbanistas y teóricos culturales del espacio como Manuel Delgado, Michel de Certeau o Henri Lefebvre, quienes han proporcionado una antropología de lo urbano desde las oscilaciones constantes que en él tienen lugar. Me hago eco de esta idea esencial para definir la calle desde diversas perspectivas, pero siempre con un sustrato común sobre el que se edifica este libro: espacio social que existe gracias al movimiento que en él

tiene lugar, lo que, a su vez, presta deferencia a los sujetos marginales que en ella caminan y que actualizan su trayectoria espacial en la calle y, con esta, los códigos sociales. En esta introducción también se ofrecerá un breve recorrido por las calles del imaginario cultural español para dar cuenta de la necesidad de explorar este viejo nuevo espacio al calor de las transformaciones urbanísticas, los procesos de industrialización y las reformas sociales que marcan el paso de la entrada de España en la modernidad, un proceso que arranca, como se irá viendo, en el siglo XVIII.

El capítulo 2 me permitirá contextualizar la problemática de la relación calle-mujer mediatizada por el dinero y el discurso consumista. “Mujer consumista, mujer consumida: calle como vía del exceso femenino” se centra en la calle desde una perspectiva de género, como espacio que con sus tiendas, escaparates y luces artificiales despierta el interés de la mujer y la impele a abandonar su celda de reclusión para salir a devorar con *ojos femeninos* y experimentar formas de vida urbana moderna. Partiendo de la obra de teatro de Nicolás Fernández de Moratín, *La petimetra* (1762), paso a examinar *La desheredada* (1881) de Benito Pérez Galdós, texto cuya naturaleza heteroglósica trae a colación dos de las problemáticas que irrumpen con fuerza en la sociedad española de finales de siglo y de las que la literatura se hace eco: la cuestión de la mujer y el discurso económico, con la calle como telón de fondo para encapsular la emergencia de una sociedad consumista. Recojo la afirmación frayluiana, todavía vigente en muchos de los discursos literarios y extraliterarios del siglo XIX, de que la mujer que se viste y se adorna se vende a sí misma, para establecer la relación entre lujo y prostitución y examinar la calle como espacio de la mujer que consume, pero también de la mujer que es consumida. Esta categoría engloba a la mujer seducida, a la adúltera y, principalmente, a la prostituta. Si bien Galdós no se adentró en el universo de la prostitución y terminó su novela en el momento en que su heroína, presa de su propia pasión consumista, se echa a las calles a ser devorada por las mismas, novelas como *La prostituta* (1884), de Eduardo López Bago, y la desconocida *María Magdalena* (1880), publicada por Matilde Cherner bajo el pseudónimo de Rafael Luna, retoman el camino donde *La desheredada* lo dejó y nos introducen en el mundo de la prostitución a través de la experiencia de mujeres de la calle, quienes se alzan como sujetos marginales para hacer valer su subjetividad y crear espacios de resistencia desde la periferia geográfica, social y moral.

El capítulo 3, "El mendigo: calle como *dwelling* hábitat del desheredado", explora la figura del mendigo como sujeto que vive, sobrevive y se construye en la calle, y en el que la asociación itinerancia-criminalidad cobra su punto más álgido. Tomando como punto de partida la idea popularizada y difundida en textos legalistas, sociales e históricos de la época de que aquel que no posee casa es más propenso al desvío y a la delincuencia, me sirvo del folletín prácticamente inadvertido por la crítica *La bruja de Madrid* (1849-50), de Wenceslao Ayguals de Izco, y *Misericordia* (1897), de Pérez Galdós, para examinar cómo el mendigo, sujeto errabundo y socialmente marginal, se configura a lo largo de la segunda mitad del siglo a través de sus movimientos callejeros, que conectan barrios bajos y céntricos, asociados, respectivamente, con las clases peligrosas y las pudientes. También la figura del mendigo servirá para analizar cómo el discurso literario en el que se enmarca trata de contenerlo y de reconfigurar la relación del desheredado con su territorio, al hilo de numerosos textos de época no literarios que, bajo razones sociales, médicas e higiénicas, convierten a este tipo callejero en objeto central de su discurso. Adela, apodada "la bruja de Madrid" por su aspecto deplorable y miserable, nos conduce con sus pasos ciudadanos por la sombría peripecia del mendigo en el Madrid de mitad de siglo. Estos pasos abrirán un camino que será seguido por Benigna, criada de familia humilde obligada a mendigar en la novela de Galdós, cuyo itinerario existencial ofrecerá una suerte de radiografía urbana por los barrios del sur, las casas de dormir y las calles céntricas. Las ficciones literarias que dan vida a estos sujetos tratarán de *domesticar* y atemperar los comportamientos desviados de aquellos que por falta de domicilio fijo son definidos por la ingobernabilidad y el desorden social. Sin embargo, como se verá, tanto Adela como Benigna, no contentas con estar en la calle, praxis diaria definitoria del mendigo según la prensa de la época, optan por entregarse al movimiento para asegurar su supervivencia urbana. Este continuo fluir se traducirá en formas de resistencia al poder (De Certeau xix) o, vertido al terreno español, "a defiance of bourgeois society", como Tsuchiya ha resaltado a propósito de la figura mendicante ("Peripheral Subjects" 199).

El capítulo 4, "Ociosos, cesantes y traperos: calle como espacio del ocio y del negocio", examina estos tres tipos culturales en la España decimonónica, productos de la calle, a partir de los espacios que transitan y las actividades a las que se entregan. La figura del ocioso empedernido que vive por y para la calle será analizada a partir de

Juanito Santa Cruz y Juan Pablo Rubín en *Fortunata y Jacinta* (1887) y de don Lope en *Tristana* (1892), ambas de Galdós. Para estos personajes improductivos y, por ello, violadores de los códigos reguladores de la sociedad productiva, la calle se configura como un ámbito inescapable de la sociabilidad y del esparcimiento que permite cierto grado de ociosidad y de exención de todo contacto con el trabajo; pero también como una vía canalizadora de una actitud rebelde desde la que articular una resistencia y cuestionar el *statu quo*. A medio camino entre el ocio y el negocio se encuentra la figura del cesante, producto de la mala administración política de la época, para cuyo análisis pondré a dialogar la novela *Miau* (1888) de Galdós con el cuento de Clarín “El rey Baltasar” (1897). Si, por un lado, Baltasar Miajas evidencia la enorme inestabilidad del empleado público en términos espaciales, Ramón Villaamil nos hace partícipes de la experiencia de la cesantía a través de la inmovilidad que domina su espacio privado y doméstico, primero, y, más adelante, de sus dinámicas prácticas espaciales a nivel de la calle, las cuales están orientadas a la recuperación de lo que la sociedad impone como su centro social, geográfico y económico. Pero estos movimientos solo dejarán de ser opresivos cuando el sujeto libre y plenamente liberado abandone el centro y se dirija a la periferia madrileña para suicidarse como gesto de afirmación y rebeldía política. Por último, el análisis del traperero como *desecho social*, por utilizar la expresión de Teresa Fuentes Peris (*Visions of Filth* 73-74), se realizará desde una constelación de textos que construyen el itinerario existencial y laboral de estas figuras económica, social y geográficamente marginales, lo que les concede un protagonismo textual y cultural a lo largo de la centuria: el artículo de costumbres “Modos de vivir que no dan de vivir” (1835), de Mariano José de Larra; el desconocido folletín *El traperero de Madrid* (1861), de Antonio Altadill, y la novela social *La horda* (1905), de Vicente Blasco Ibáñez, servirán para examinar la configuración social del traperero desde una perspectiva espacial. Producto de la industrialización y de un orden urbano socialmente espacializado, el traperero recorre las calles para recoger y reciclar desechos que la sociedad expulsa de su seno hacia el exterior, nutriéndose así de la calle como campo de cultivo laboral. Sin embargo, su asociación con la periferia social y geográfica y su condición ambulante, desde la que reclama una centralidad cultural, lo identifican como potencial amenaza al establecimiento burgués, que tratará de neutralizar su peligro por medio de un estricto control físico.

Tomando como punto de partida la afirmación de Richard Evans de que "it was in the 1890s that the word feminism came into English use to designate the advocacy of female emancipation" (39), el capítulo 5 explora las novelas *Tristana* (1892), de Galdós, y *Memorias de un solterón* (1896), de Emilia Pardo Bazán, como vehículos de construcción y negociación del sujeto feminista en un mundo anterior a la existencia en España de un feminismo oficializado, colectivo y social. "La feminista: calle como avenida de acción y emancipación" analiza la presencia de la mujer en la calle, no como arquetipo consumidor como ya se hiciera en el capítulo 2, sino como sujeto desinteresado materialmente pero empoderado ideológicamente cuyo caminar constituye un movimiento emancipador y liberador a través del cual esta reclama una visibilidad, una presencia y una voz propia, que la convierten en "subject of her own perception", como Anke Gleber ha señalado en otro contexto (x). Desde su papel marginal en la cultura patriarcal, *Tristana* y *Fe* vislumbran el potencial de la calle para afirmar su subjetividad periférica y abrir una avenida a la acción desde la que conquistar una serie de derechos reservados a los hombres, entre ellos, la educación, el acceso al mundo laboral, la participación política y la libertad sexual. Como quedará demostrado, los caminares físicos individuales de las heroínas bajo estudio, como las del caminante machadiano que abre nuevos horizontes en la vida, supondrán un avance simbólico hacia la liberación que abrirá camino a futuros movimientos sociales de "resultados prácticos", como dirá un personaje en *Memorias*. Así, en el contexto de un incipiente feminismo en los tiempos modernos, la calle se convierte en metáfora de la emancipación femenina, así como en parada inexorable en el itinerario social de la "cuestión batallona", como se conocía en el siglo al debate social en torno a la mujer. La figura de la feminista que encuentra en la calle un espacio de representación desde el que cuestionar el proyecto de domesticación parece acertada para epilogar un proyecto sobre figuras marginales cuyos caminares los alejan de la norma, física y simbólica. Al mismo tiempo, parece harto apropiado abrir y cerrar un estudio sobre el XIX con mujeres andaninas que se resisten a aceptar el ideal de mujer como ser relacional por ser este siglo considerado por muchos como *de la mujer*, cuando esta empieza a dar pequeños pasos para salirse *de su esfera* y *des-tutelarse* de toda autoridad como sujeto individual, disidente y moderno.

Un rasgo compartido por todos estos personajes es el potencial que atisban en la calle para articular una resistencia a los discursos

hegemónicos. Estos sujetos compensan su posición en los límites marginales de la sociedad y su falta de influencia social con la ocupación de un terreno que constituye no solo un “physical arrangement”, sino también un espacio “related to issues of empowerment”, el cual responde “to patterns of social action” (Lefebvre, *Production* 244). Como territorio ubicado al margen de las instituciones y de los centros localizados de poder —el hogar, la iglesia, los ministerios estatales—, la calle constituye un *locus* obvio de resistencia, pues en ella se disipa toda autoridad y el sujeto callejero se apropia de una agencialidad para actuar, sortear obstáculos y articular formas de poder alternativas a las dictadas por el poder. La calle les proporciona el arma fundamental para erigirse en agentes sociales de cambio en la España decimonónica: la movilidad, la cual posibilita escapar a toda sujeción, negociar un desafío a la sociedad burguesa capitalista y transgredir límites espaciales pero también sexuales, de clase y de género. Este esquema actancial les otorga un protagonismo textual que los convierte en centrales para el orden narrativo pues, como argumentaría Georg Lukács, es el estado de “homelessness” que condena al individuo a vivir en la calle la condición indispensable de la novela moderna (41).

Parece ocioso afirmar que son muchas las tipologías callejeras que de manera consciente dejo al margen de este estudio por razones obvias: el paleta procedente de un ambiente rural que sucumbe ante el entorno urbano por su incapacidad de adaptación; el delincuente callejero, producto de un discurso jurídico moderno, que sobrevive a costa de nomadear en el entramado urbano; el anarquista como nueva opción social que viene emergiendo con fuerza desde la mitad del siglo para señalar nuevas realidades políticas, o el dandi masculino, personificación de la desviación voluntaria al cuestionar el ideal de la masculinidad normativa por medio de la moda. Las páginas de la literatura del siglo xix rebosan de estos moradores urbanos que demandan especial atención como parte de un colectivo marginal que configura su subjetividad en respuesta a su presencia y movimiento en la calle.

Mediante mi propuesta de lectura de textos decimonónicos, más y menos canónicos, desde la perspectiva de la calle, espacio sui géneris, territorio viejo, pero con modernas implicaciones sociales en la España del xix, espero haber escrito un libro de interés para académicos tanto fuera como dentro del ámbito de la literatura y la cultura españolas. Lectores ante todo interesados en recorrer un itinerario cronológico

que arranca en las postrimerías del xviii y llega hasta principios del xx y que ofrece patrones de conocimiento sobre cómo una nación moderna configuró su espacio público, promovió la formación de grupos sociales a través de territorializaciones espaciales y de prácticas de inclusión-exclusión y deslindó las diferencias de clase y género a través de la demarcación espacial para, precisamente, desdibujarlas y crear nuevos espacios de subjetividad permitidos por las fisuras de la calle como espacio social y del texto como espacio cultural. Es por ello que, desde nuestras categorías del presente, este proyecto contribuye a entender el contexto cultural de la arquitectura moderna española y a reconsiderar las intersecciones entre modernidad, marginalidad y espacios públicos. Pero también confío en que este sea un libro de interés para los investigadores de épocas más contemporáneas y no solo del xix, pues la realización de un proyecto que recupera y relea la calle decimonónica me ha parecido relevante a la luz de la resignificación que este espacio viene experimentando desde hace unos años en la España contemporánea como espacio ecuménico de representación, protesta y manifestación donde no existen fronteras de clase, de género ni de raza y donde individuos desconocidos y extraños se unen en una interacción efímera bajo un proyecto común.

Se vive hoy un momento en que la calle es reivindicada como espacio comunitario, emancipador y anónimo donde se disuelven las individualidades y donde surge un sujeto colectivo que se empodera ante el potencial de acción que se atisba en ella —las multitudinarias manifestaciones en Sol, las protestas de las mareas y el fenómeno del 15-M así lo evidencian—. Ante la imposibilidad de que la política aporte soluciones viables, nacen los movimientos ciudadanos que encuentran en la calle un espacio no formalizado donde hacer un nuevo tipo de política. De modo parecido, la presencia y la progresiva invasión callejera de mis personajes decimonónicos apuntan a la necesidad de llevar la calle a las instituciones oficiales y de dar voz a una serie de sujetos marginales que, como se verá en el caso del cesante, la prostituta o el traperero, emergen de la nada, de lugares de penumbra y ocultación, para gradualmente erigirse como emisores de un discurso político, demandar ser vistos y escuchados y adquirir una creciente centralidad y protagonismo cultural. Queda así confirmado que, tras intermitentes (dis)continuidades, tropiezos y (des)estructuraciones, verdaderamente andando se hace camino, un camino iniciado hace más de cien años que dejó un rastro, como las "estelas en la mar" machadianas, para

que otros caminantes vinieran a continuarlo en el presente. La calle se vuelve a llenar hoy de gritos, clamores y soluciones, reapareciendo así con extraordinaria fuerza nuevas formas de expresión y enunciación que dotan a la calle de una dimensión política que la sitúa en el epicentro de las reflexiones en torno a la democracia.

Una vez hechas estas observaciones preliminares y estableciendo una pertinente relación decerteauiana entre la actividad del caminar y la enunciación literaria que permea el siglo XIX, anunciada por Charles Baudelaire, Charles Dickens, Benito Pérez Galdós y Mariano José de Larra, diré que el andar de los personajes marginales a lo largo de las siguientes páginas no solo bosqueja simbólicamente las calles decimonónicas y conduce a la construcción de los textos donde se enmarcan, con sus normas, fisuras y desviaciones, sino que también, de modo parecido, estos caminares han dictado la escritura de *“Andando se hace el camino”*, producto también de un largo caminar, lleno de altos y bajos, encuentros y desencuentros, por las avenidas literarias y artísticas del XIX español.